

D/11959

LA COMEDIA HUMANA



Domingo 15 Marzo de 1891 | Núm. 1

3 - MAR. 1973



Elisa Bardo. (Artista dramática.)

La Comedia Humana

REVISTA FESTIVA

Literaria, Política y Artística

Contiene artículos, poesías críticas y chistes de nuestros principales literatos, caricaturas y retratos de nuestros primeros dibujantes.

Agente exclusivo en Madrid para la venta de la COMEDIA HUMANA D. JULIAN RODRIGUEZ, Tesoro, 5, bajo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Provincias: Series de 10 núms. 1'25 ptas.

Administración: S. Pabio, 66, 2.º

BARCELONA



Portrait of ...

LA COMEDIA HUMANA

—
SUSCRIPCIÓN
Series de 10 núms.
1'25 ptas.
—

SEMANARIO ILUSTRADO
DIRECTOR
E. MARTÍN GALÍ

—
Redacción y Administración
San Pablo, 66-2.º
—

Año II-Epoca 2ª | Domingo 15 Marzo de 1891 | Núm. 1.º

INTRODUCCION

LA COMEDIA HUMANA ha llegado á la pubertad, es decir, ha entrado en la segunda época de su vida.

Y así como el niño, al entrar en la categoría de joven, abandona para siempre el pantalón corto y la blusa de marinero, y da un adios ínterino á las niñeras, y cuelga de un clavo la cartera que le sirvió para conducir el *Catón* y el *Fleury* al colegio de primeras letras, nuestro periódico, pasado ya el periodo de la infancia, prescinde también de multitud de cosas que desdecirían ya de un pollo hecho y derecho, y las sustituye por otras más en armonía con su edad.

De aquí que, en lo sucesivo, sustituirá las láminas litográficas, de primitiva sencillez, por preciosos grabados muchos más artísticos que aquellas.

De aquí también, que suprimiendo alguna que otra sección del periódico que contenía gracias, inocentes en boca de niño, más que pudieran parecer llenas de malicia en el mozo, las reemplaza por verdaderas revistas de teatros, á cargo de firma tan

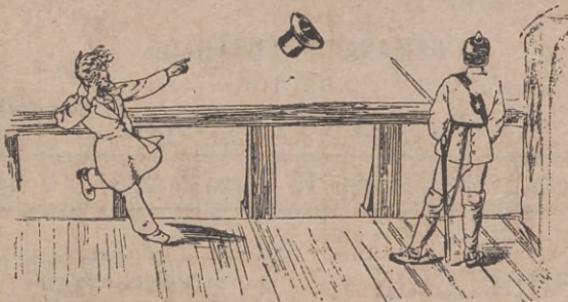
acreditada como la de *Blas Quito*, por críticas literarias y estudios artísticos y científicos, hechos por personas competentes, y finalmente por artículos recreativos, novelas cortas, pensamientos, noticias, anécdotas, todo cuanto pueda contribuir á dar amenidad al periódico y á excitar en sus lectores esa risa espontánea, franca y noble que arranca la representación de la comedia chispeante y culta.

De aquí, en suma, que, curados de la informalidad propia de la niñez, hagamos aparecer, desde el presente, con toda regularidad, los números de LA COMEDIA HUMANA.

Tan resueltos estamos á esto y tan persuadidos de nuestras anteriores culpas, que al confirmar la presente revista la hubiéramos cambiado de nombre, si otro más adecuado á su fin hubiese acudido á nuestra memoria.

Pero nos ha sido imposible hallar otro título que mejor sintetizase nuestros propósitos.

¿No representan papel principalísimo en la humana comedia, el político que tiene siempre la libertad en los labios y la tiranía en los hechos, y el político que se dice defensor del orden á todo



—¡Centinela! ¡Que se vuelva!
¡Que va al río mi sombrero!

trance y con su conducta provoca un conflicto diario; el literato que da como originales, remiendos del francés escritos en chino, el que procura crearse una reputación, no con obras que la justifiquen sino ingresando en la benéfica sociedad de bombos mútuos y el que busca en el escándalo la fama que no le ha de dar un mérito de que carece; el rico que hace ostentosamente una limosna de mil reales para que nadie se fije en el negocio ilícito que le produjo veinte mil duros; el pobre que se deshace en improperios contra las injusticias y las desigualdades sociales, sin ver que las causas de su situación no son otras sino el vicio y la pereza; todos, en fin, los que constituyen este *pandemonium* llamado humanidad?

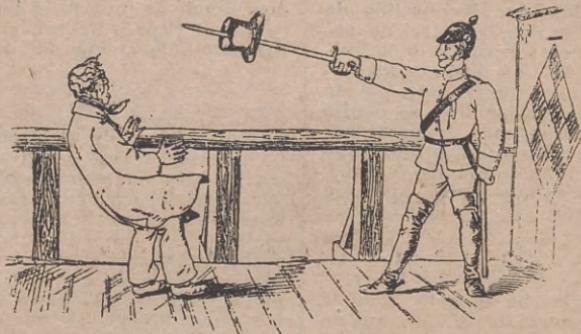
Pues si todos ellos son cómicos sin saberlo y si todos han de salir á relucir en nuestra revista, presentados bajo su punto de vista festivo, pues como dijo el poeta

al ver, por el mundo,
como van las cosas,
Demócrito ríe
y Heráclito llora

y á nosotros nos place más el el papel de Demócritos que otro alguno: ¿sería posible que hallásemos para nuestro periódico título mejor que el que ostenta?

Siga, pues, llamándose el semanario LA COMEDIA HUMANA y sigan nuestros lectores favoreciéndonos como hasta aquí, con lo cual, sobre colmar nuestras aspiraciones, nos darán alientos para introducir en el periódico nuevas y más trascendentales mejoras que, redundando en común provecho, hagan la presente publicación más agradable y compensen los sacrificios que nos ha impuesto y los que, en lo sucesivo, nos hallamos dispuestos á hacer, para colocarla á la altura de las mejores que se publiquen así en España como en el extranjero.

LA REDACCION.



—Tómelo usted, caballero.
—¡Salvaje de centinela!

ECOS DE LA CORTE

LA FIESTA DEL CONGRESO.—JOSEFINA DE RESZKÉ.—LA ÚLTIMA OBRA DE ECHEGARAY.—PARSIFAL.—EL ALBUM COLOMBINO.—LOS APUROS DE UNA NOVICIA.

El que no lo haya visto nunca no puede formarse cabal idea del aspecto que ofrece Madrid en un día de apertura de Cortes. La calle Mayor, la calle tradicional de los cortejos palatinos, la Puerta del Sol con el surtidor de su fuente lanzado al aire y cayendo en una lluvia de espuma, y la Carrera de San Jerónimo, la aristocrática vía de los comercios modernos, llenas por una muchedumbre inmensa, apelmazada, compacta, impedida de moverse por su mismo amontonamiento, que habla, grita, jura y fuma; los balcones, cubiertos por colgaduras de vivos colores, coronados de sombrillas, de bustos y rostros de mujer, de ojos negros y encajes blancos; partiendo la multitud, una doble fila de soldados, trazando dos líneas rojas y azules, y por medio, avanzando despacio entre los toques

de los clarines de la caballería, y los acordes de la marcha real de las bandas de música, algo como una resurrección del siglo pasado, una riada de oro y plumas, una fastuosa y radiante procesión de carrozas enormes de concha y maderas finas, con tiros empenachados conducidos del diestro por palafreneros con casaca, chupa, calzón corto y peluca, y custodiadas por piquetes de coraceros de la Escolta Real en traje de gala.

Hay que imaginarse el desfile suntuoso, con sus proporciones monumentales; el piafar de los caballos; el rodar de los carruajes regios; los ecos de las bandas; el tumulto de la gente; el ruido de las vainas de los sables golpeándose en el cruzamiento de los escuadrones, las voces de mando; y hay que forjarse todo eso en una serena atmósfera primaveral, en un ambiente cálido, encendido, bochornoso, bajo un cielo azul y bañado por un sol espléndido que centellea en las bayonetas, en las espadas, en las corazas y en los cascos; salta á los sombreros de copa, á las sombrillas y á los techos de charol de los coches palatinos y da al lugar y á la tarde esos tonos candentes y esa luz ofuscante propia de los países del mediodía y peculiar del clima seco de nuestra

coronada población... Es cuestión de una hora. A las dos, las salvas de artillería anuncian la salida de la Reina, de Palacio: á las tres, nuevos disparos señalan su vuelta; una ola de oro que surge de repente y se oculta de improviso después de pasar por Madrid, como esas nubes de graná que atraviesan el horizonte del verano: he ahí lo que es la solemne apertura de las Cámaras.

*
* *

En Varsovia, ha muerto, todavía joven, en la fuerza de su vida, una de las artistas de ópera más querida del público de Madrid: Josefina de Reszké. La turba multa de aficionados de nuestro inteligente paraíso, no se olvidará nunca de aquella arrogante, diva, rubia como el oro, de esculturales contornos, de porte magestuoso y de proporcionada estatura, que poseía una de las voces más hermosas, robustas y flexibles que la naturaleza ha puesto en garganta humana. Josefina de Reszké ha cantado en nuestro teatro Real diversas partituras de su repertorio, la ópera que la hace flotar, sin embargo, en la memoria de los diletantí de la coronada villa, es el *Roberto*, acaso la más grande de sus creaciones; el dúo famoso con Uetam, es de esas remembranzas eternas, que se quedan en el corazón.

Josefina de Reszké era pobre; los disturbios políticos de su país redujeron á la miseria á su familia, y confiscados sus bienes, sin padre los pobres niños, fueron dedicados al arte por su madre, Josefina y sus dos hermanos Eduardo y Juan, educándose en el conservatorio de San Petersburgo; y en la capital rusa ya fué considerada la Reszké como una estrella; en *Ofelia de Hamlet* que cantó luego en París, acabó de robustecer su reputación y entonces entró ya en la categoría de celebridad europea; después, siguió de triunfo en triunfo, consiguiendo no pocos en Madrid y casada por último con un conde inglés, se retiró de la escena, avendán-

dose donde ha muerto. A buen seguro que de España habrán volado á su tumba muchos recuerdos de piedad.

*
* *

Otro extremo de Echegaray, pero no un extremo así como se quiera, sino de esos de resonancia inmensa, para estender los cuales no tiene la fama trompetas suficientes; la prensa, con unanimidad pasmosa, se ha desbordado en el elogio agotando el catálogo de los adjetivos. Algo se han corrido los periódicos, pero á través de las hipérboles, hay con efecto una obra admirable.

Titúlase la última producción de Echegaray *Un crítico incipiente*, y es fina comedia, una sátira más bien, aceradísima, pero risueña, del gusto literario del día y ampliando un poco del alcance de la sociedad presente. El ilustre D. José abandona por ende la tragedia, las luchas de esas grandes pasiones; deja á un lado lo sublime de la vida para retratar lo vulgar no menos digno de censura, y al proceder así se humaniza; baja á la realidad desde sus abstracciones. La obra recién estrenada es de vuelos gigantescos; su desarrollo es primoroso; su dicción llena de encanto; pero también ofrece sus lunares; resulta con exceso simbólica, cae á veces en lo falso y exagerado y en ocasiones aparece recargadísima de color; los caracteres son en general exactos, de una pieza, aunque alguno hay desdibujado. En suma, una prueba más del colosal talento de Echegaray y acaso una de sus mejores creaciones aún descartadas las hipérboles de los chicos de la prensa.

*
* *

Bretón al frente de la «Unión Artística Musical» dió á conocer y popularizó en Madrid los compositores franceses, Saint Sanes y Massenet entre otros; Mancinelli dirigiendo la vieja Sociedad de Conciertos ha me-

tido á Wagner en el corazón hasta de los más refractarios al gran maestro alemán.

La interpretación del final del primer acto de *Parsifal*, por la orquesta de Mancinelli ha constituido un acontecimiento artístico de los que forman época. El *Parsifal* es la última obra de Wagner, un drama religioso basado en una piadosa leyenda que sirvió de origen á la órden del Craal; el trozo que ha saboreado el público madrileño da idea de una concepción admirable, inmensa; la gran originalidad de los motivos, los contrastes magníficos entre la melodía y los arranques orquésticos, la unción mística esparcida por todo el pasaje, la instrumentación riquísima, la nota insistente de las campanas, el conjunto como los detalles, producen un efecto tremendo, un entusiasmo loco y á la vez esa impresión de pena que enjendra lo sublime al advertirnos de nuestra pequeñez. De la ejecución no hay que hablar, Mancinelli probó ser un maestro y los profesores que obedecían á su mágica batu-



Este condor y esta niña se parecen ¡vive Dios! en todo, porque los dos son dos aves de rapiña.

ta unos artistas supremos; la audición de *Parsifal* ha germanizado á Madrid.

*
*
*

El ilustre y erudito ministro de Ultramar Sr. Fabié, ha traído de Sevilla un curioso album fotográfico que la ciudad del Guadalquivir regala á la de Génova, con motivo del centenario del descubrimiento de América; el album lo constituyen diversas reproducciones de documentos y autógrafos y varias vistas, unos y otras relacionados con el inmortal navegante; he aquí el índice:

Carta de Colón á los Reyes; página de los tratados del Cardenal Alicu con notas marginales de Colón; carta de Toscanelli copiada por Colón; autógrafo de Colón; mapa de la isla de Santo Domingo que se atribuye á Colón; facsimil de este mapa; retablo de la puerta del patio de banderas en el Alcázar de Sevilla, ante el cual se arrodilló Colón de regreso de su primer viaje; monasterio de la Cartuja junto al Betis, donde estuvo sepultado Colón; estatua de Colón en el patio de la Casa Lonja sevillana; huerta de D. Fernando ó mejor ruina de la misma en 1779 y 1871; primera lápida del sepulcro de D. Fernando Colón y segunda colocada después. El album colombino no puede ser más completo y sus diferentes fotografías ofrecen un interés grande; son, por decirlo así, trozos de la vida del insigne explorador; detalles íntimos, revelaciones, cabos sueltos, algo de su semblanza trazada por él mismo, sin propósito de escribirla.

*
*
*

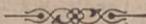
Envuelta en su aplísimo manto para no escuchar los pecaminosos ruidos del mundo, con los ojos bajos, huyendo de mirar á los hombres, simbolo del enemigo malo y ayuda del propio Satanás, pensando en cosas ascéticas, pasaba la pobre novicia por la Puerta del Sol, y un ratero que presintió su abstracción la limpió bo-

nitamente un bolsillo con treinta y ocho duros.

Gracias á varias amigas de la novicia que en cuestación la reunieron la cantidad robada, salió la pobre inocente de aquel apuro y pudo comprar cuantos efectos traía propósito de adquirir en la Corte. Y la *punta* del sucedido es precisamente que entre los objetos en lista figuraba una peluca para la madre abadesa de la comunidad, que á pique estuvo de quedarse un día más con su reluciente cráneo en la más impúdica de las desnudeces.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

Madrid 12 Marzo 1871.



DOCUMENTO



Ayer me encontré un prospecto en la calle de Sevilla, tan raro, que de copiarle me ha dado gana enseguida. Es oportuno y curioso y dice así en estas mismas palabras:

«LA MUSA FÚNEBRE»

AL PÚBLICO

Para el día consagrado por los fieles á las ánimas benditas (cuyos piés beso, aun á riesgo de que me salte una chispa), he puesto en casa á la venta, por si alguien los necesita, no floreros, ni angelitos, ni cruces, ni lamparillas, ni faroles, ni siquiera coronas de *siemprevivas* (ó de *suegras*, como un yerno con pena las denomina), sino epitafios sencillos de varias clases distintas,

escritos con prontitud aseó y economía.

Como baratos, lo son, y sólidos, no se diga, pues á los muertos juiciosos les duran toda la vida. Conqué... ya ustedes lo saben; á ver si alguno se anima, que ya está al público abierta la *Gr:n epitafaría*.

Y para que vea el público que esta industria no es amlica, paso á darles de mi artículo una muestra pequeníssima.

EPITAFIO

DE UN BUEN HIJO Á SU MADRE:

¡Madre mía!

Es muy breve y compendioso y hay pocos que tanto digan Sin embargo, en diez pesetas se lo doy á quien lo pida.

Epitafio que en el nicho de un exdiputado fijan los que con el compartieron las penas y las fatigas:
«*Descansa en paz! Del Congreso fuiste columna firmísima, y sin ti tenemos miedo d: que se nos venga encima.*»
Este se vende en seis duros, pero no se garantiza.

Modelo número 3

Epitafio que podría gravarse en la sepultura, de cualquier madre política, costeándolo su nuera:

¡Á DOÑA... TAL!

Su familia que la echa mucho de menos y, aunque quiere, ¡no la olvida!
Este lo vendo en cien reales, antes de catorce días.



Antes de ir á la escuela
donde á hacer media se aplica,
disfruta con su marica
la preciosa Maricuela.

Para muestra, según dicen, basta un botón. Ya está vista la calidad de mi género.

Advertencia importantísima:
Para las fúnebres losas que coloquen las familias sobre los caros lectores y las lectoras carísimas de cualquiera de las muchas publicaciones festivas que existen, me comprometo á escribir á la medida, epitafios en romance, ó en décimas ó en quintillas, con rebaja de un cincuenta por ciento.—Todos los días, Despacho de diez á cuatro, Calle de la Esperancilla, número trece, segundo de la izquierda, no se fía. Teléfono tres mil nueve, Pedro Ruiz. Hay una firma.»

Por la copia

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

EL CEMENTERIO A DOMICILIO

Aunque, según el poeta, los inventos del siglo diecinueve no son para tratados por la plebe, quiero tratar hoy de uno de los más notables con que se despidió de la humanidad

el siglo del vapor y del buen tono, como lo llamó Bretón de los Herreros, cuando aún no se había convertido en el siglo de la electricidad y de las polémicas entre los neos.

Debemos este invento (es decir, lo deberá el que no pague las cuentas al inventor), á un doctor Cooper, de Pittsburg, en los Estados Unidos; cuyo país es en nuestros tiempos la tierra de promisión de los inventores y los audaces.

¡No más entierros! ¡No más embalsamientos! ¡No más cremaciones!

He ahí la parte negativa del programa del doctor Cooper.

La positiva consiste en traer el cementerio á domicilio, proporcionando á las familias el medio de conservar los restos de las personas queridas en forma de «cadáveres para andar por casa.»

El doctor Cooper somete los cuerpos á una presión hidráulica—á gran temperatura—que los condensa «en una masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol.»

Así dice en sus prospectos el apreciable *condensador de difuntos*; y no sólo lo dice, sino que empieza por predicar con el ejemplo.

Encima de la mesa de su despacho tiene un sujetapapeles de elegante forma.

—¡Hombre! ¡Bonito chirimbolo!—dice un amigo que lo ve.

—No es un chirimbolo—responde el doctor, dando un cariñoso beso al sujeta papeles;—es mi hijo Fulanito, que murió hace cinco años.

El amigo se cree obligado á dar otro besito al *biblot* (que un aficionado á retruécanos llamaría en este caso *bebélot*, por tratarse de un *bebé*), y á pocas dotes de Gedeón ó Calino que le haya concedido la Naturaleza, se prepara á decir con más ó menos turbación:

—Es muy monín... ¡Se le parece á usted mucho!

El extraordinario descubrimiento del doctor norteamericano solamente podrán apreciarlo las inconsolables Artemisas, para cuyo dolor no es bastante alivio ir á llorar ante el mármol *della tomba fredda*.

Cooper dice á la desconsolada viuda:

—¡Nada de mármoles que te oculten los restos del sér amado! Desde ahora podrás llorar ante el verdadero mármolillo de tu esposo.

Para los viudos ofrece algunos inconvenientes la invención del doctor de Pittsburg.

Supongamos ¡oh lector! que el viudo eres tú, y que tienes encima de un velador el cuerpo de tu difunta, convertida (ó convertido, según te refieras al cuerpo ó al alma) en un objeto

de forma más ó menos caprichosa.

—Llega un íntimo tuyo, te coge el chisme (y perdona la irreverencia), y distraído, empieza á jugar con él.

Tú sufres, y apenas te atreves á decir al indiscreto:

—¡Pero, hombre!...

Cae tu íntimo en la cuenta; deja el sagrado objeto encima del velador; y toda la excusa que te da viene á ser esta nueva puñalada:

—Dispensa, Manolo. No volveré á hacerlo más. Me había olvidado de que estaba enredando con tu mujer.

Y agradece ¡oh viudo! que tu íntimo no diga todavía para sus adentros:

—¡La costumbre!...

A cambio de estas desventajas, el curioso invento contribuirá á amenizar mucho la vida de familia.

Quando se turbe la paz conyugal y se rompan las hostilidades, será un gran desahogo para marido y mujer arrojarle mutuamente sus suegros respectivos.

Y dirán los niños de la casa:

—Papá y mamá se han tirado los abuelitos á la cabeza.

Así, «parientes y trastos viejos,» que ya eran, según el adagio, cosas análogas, vendrán á ser cosas idénticas.

Y así también, el Rastro se convertirá en la verdadera Necrópolis de Madrid.

No se podrá ir por allí sin hacer á cada paso lo que D. Francisco de Quevedo cuando le servían algún pastel de carne: que rezaba devotamente un Padrenuestro por el alma del difunto.

Irá uno (no un difunto, sino un vivo) á buscar una palmatría de lance, y al escoger entre dos de ellas, reconocerá en una á un tío, y en otra... á un acreedor.

Muchas emociones son éstas para que las resista gente tan quebrantada por la neurosis como la de fines del siglo XIX.

No por eso es menos admirable el invento de Cooper, ni dejará de tener interesantísimas aplicaciones prácticas.

Las estatuas de los hombres ilustres se harán con sus propios restos,

y como el tamaño de las efigies será el del octavo menor, en un solo escarapate (*vitrina*, que dicen los *galicur-sis*) cabrán ochenta ó cien celebridades, dos de cada especie.

Para los personajes políticos habrá una forma que dar, invariable é invariablemente, á la consabida «pequeña masa compacta, inalterable y sin dolor, con la apariencia del mármol;» y esa forma habrá de ser la de las bolas de billar.

¿Porqué?

Pues por tres razones:

1.^a Porque siendo, como son, tan embusteros, la forma de «bola» perpetuará su condición personal.

2.^a Porque esa misma forma recordará también la estúpida redondez de sus cabezas y el poco pelo que con ellos echa el país.

Y 3.^a Porque así, después de lo que esos personajes juegan en vida con nosotros, tomándonos por mingo, podremos desquitarnos haciendo carambola y palos con sus sagrados restos, y metiéndolos en un tacazo en la tronera, á falta de mejor tumba.

MARIANO DE CÁVIA.

SUCEDIDO

La ví uua mañana del mes de Febrero iba yo embozado y estaba lloviendo, cruzaba la calle con paso ligero. Me puse á su lado la eché dos requiebros y nos fuimos juntos hablando un gran trecho. Quedamos citados para luego vernos, acudí á la cita ardiendo en deseo de volver á verla. Llegué tan á tiempo que ví que salía con un perro negro para que este hiciera... lo que hacen los perros.

A. IBÁÑEZ VALLÉS.

EL DESHOLLINADOR



Y EL PINTOR



EL ALMA EN PENA

(MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE)

I.

El año 1830 corría para unos, y para otros ibase deslizando lentamente. Reinaba la Majestad de Fernando VII, y era la época feliz en que España estaba todavía en el limbo, en que los religiosos dormían pacíficamente en sus conventos y los voluntarios realistas en sus cuarteles, cuando les tocaba de guardia.

La política yacía en calma, por más que en el lejano horizonte se diseñasen vagamente los nubarrones de la guerra civil; la administración estaba enca... uzada y la prensa trabajaba poco, como conviene á un país meridional.

No obstante, había conatos escénicos y literarios. Algunos aficionados á la poesía recitaban los versos de Arriaza; en el teatro del Príncipe se puso en escena una tragedia titulada Blanca de Moncasen, tan conmovedora que

*Lloraban de dolor hasta las mulas
De los cochés que estaban á la puerta*

D. Lúcas Alemán y Aguado publicaba sus folletos satíricos y *costeaba la edición*; el poeta Rabadán era condecorado en filfa por el emperador de Rusia; y se traducían algunas tragedias francesas tan concienzudamente como se deduce del siguiente diálogo:

Pirro

Dichoso el que consigue,
Querida Hermione bella,
La dicha de mirarte
Tan hermosa...

Hermione

Señor, tened, la lengua
Yo sé que siempre á Pirro
Le he parecido fea,
Si es que buscáis á Andrómaca,
Se equivocó sin duda vuestra Alteza.

Habíase suprimido el tribunal de la

Inquisición; pero como todavía se creía en Dios, en el rey, en el diablo, en los incubos y en los succubos; aun se exorcisaba en las iglesias, especialmente á las mañolas, en cuyo cuerpo se metía el demonio con una frecuencia satánica. ¡Las manolas! ¡Ah! Comprendo la predilección del príncipe de las tinieblas. Desgraciadamente ya no existe esta respetable y encantadora clase de mujeres: el sombrero gavacho, las *monterae murcianas* y los velos de ilusión, han sustituido á aquellas mantillas con franja de velludo, en lugar de la corta y pomposa falda, nos enredamos por todas partes en largas colas que van levantando el polvo de las calles, y en vez de admirar el zapatito español con las provocativas *galgas*, nos encontramos con epícenos zapatos rusos.

¡Dichosos tiempos, en que había manolas!

II.

En aquella época, la Universidad existente hoy en Madrid, estaba establecida en la ciudad de Toledo, y en ella cursaba leyes un joven estudiante llamado León, hijo de un rico covachuelista, no de las gradas de San Felipe, sino del ministerio de Estado. Tenía León 22 años, buena figura, carácter alegre y despejo nada comun. Era *sprit fort*, cosa rara en aquellos tiempos, en que los enciclopedistas apenas habían podido trasponer el Pirineo; no obstante, nuestro jóven leía á hurtadillas el *Contrato Social*, de Rousseau, y *El Cándido*, de Voltaire: sus dos predilectos.

Romántico y escéptico, quizá presentía á Victor Hugó y á Suñer y Capdevila; así es que se moraba de todo lo más sagrado que existía entonces. Decía, por ejemplo, que la Catedral de Toledo era un palomar lleno de monos; San Juan de los Reyes un presidio real y póstumo, en que no faltaban ni aun las cadenas, y Santa María la Blanca en buen local para

establecer una cantina de arrieros. Pero *magüer* incrédulo y refractario á toda idea de vasallaje, el jóven estudiante habíase vendido al imperio de amor, y amaba con buen fin á la hija de un *indiano*, el cual, hecha la fortuna en Indias, habia venido á establecerse en Toledo, su ciudad natal.

D. José el indiano y el Padre de León, eran antiguos amigos y habian convenido en que sus dos respectivos vástagos se unirían en lazo matrimonial, no bien el joven estudiante hubiese acabado su carrera.

Todos los días, después de salir de la clase, León hacía una breve visita á su adorada, y por la noche asistía á la tertulia del indiano, tertulia sin pretensiones, en la que solo se reunían unos cuantos vecinos del barrio.

III.

Una noche en la tertulia de D. José se habló mucho del *Alma, en pena*, especie de fantasma nocturno que vagaba entre las tinieblas, haciendo cosas inauditas; porque en aquel tiempo se creía más en las almas en pena, que ahora en la infalibilidad del Papa. Un vecino de la Plaza del Ayuntamiento una madrugada habia visto un espectro blanco y gigantesco, repicar furiosamente las campanas de la Catedral. Un labrador que volvía del trabajo á la hora del crepúsculo nocturno, vió también una sombra negra y pigmea, trepando por la fachada de San Juan de los Reyes, haciendo sonar las cadenas en ella colgadas, y finalmente, y esto es lo más grave, hallándose reunido el cabildo en la capilla del condestable, vióse cruzar una especie de meteoro, que apagó instantáneamente todos los cirios que ardían en el templo.

Unos sostenían que el *alma en pena* iba envuelta en un inmenso sudario blanco, otros afirman que se aparecía bajo la forma de un enano gris; pero todos convenían en que el fantasma arrastraba una larga y sonora cadena.

Se decía que era el alma de un preidiario inocente, muerto en presidio,

ó el espíritu de uno de aquellos realistas furibundos que, abolida la Constitución, pedían á voz en grito *¡las cadenas!*

León el estudiante, como *sprit fort*, se burlaba de todas estas cosas; y una noche en que, según he dicho, se habia hablado en la tertulia del indiano del *alma en pena*; dadas las diez, el céptico joven, salió de la casa de su futuro papá político y encaminóse hacia la suya, lamentándose á sus adentros del lamentable estado intelectual de España.

Toledo es la ciudad de los callejones, en aquella época no habia alumbrado público, y á hora tan avanzada, los habitantes de la ciudad imperial hallábanse recogidos en sus viviendas.

Caminaba, pues, León, entre la soledad y entre la sombra, subiendo por la calle de la Catedral.

Al trasponer una callejuela, oyó un ruido extraño semejante al producido por una cadena arrastrando.

Paróse sorprendido, miró hácia atrás; pero en lo que alcanzaba la vista nada vió.

El ruido habia cesado.

El joven supuso que algún labrador, en el zaguan de su casa, estaria arreglando los útiles de la labor, y siguió tranquilamente su camino.

IV.

No bien hubo andado un corto trecho, el ruido metálico volvió á sonar.

Detúvose el joven y todo quedó en silencio.

Aquello era algo incomprendible.

La noche, noche de Noviembre, estaba oscura y fría. León, que iba envuelto en su capa, llevaba un bastón de estoque y una pistola en el bolsillo; no temía á los muertos, pero recibía de los vivos.

Anduvo unos cuantos pasos y el ruido volvió á producirse.

Retrocedió hasta la esquina de una calle que habia dejado atrás, y entonces oyó el ruido del hierro arrastrando que se alejaba por la mencionada calle.

DE SOBREMESA



Sin ofensa del pudor
se tien de buena gana...

No cabe duda lector,
leen *La Comedia Humana*.

Y lo más extraño era que no se veía ni el menor bulto, ni se oía el más ligero rumor de pisadas.

León se examinó á sí propio. Era valiente, despreocupado, no bebía más que agua, la noche anterior había dormido perfectamente, no podía, pues, achacar á lucubraciones de la imaginación aquel extraño incidente. Creer en la existencia del *alma en pena*, era como pensar en las Batuecas; pero indudablemente alguno le seguía.

Entonces pensó en D. Lesmes, un boticario andaduz tertuliado de don José, y supuso que aquel le estaba dando una broma de *alma en pena*.

—Si es así—se dijo el joven—¡cara le va á costar!

Y desembozándose y amartillando la pistola, entróse apresuradamente por la calle; pero... ¡Oh! asombro! el ruido continuaba sonando, no ya en el suelo, sino en lo alto, chocando con las tejas de los edificios.

Cesaba á intervalos y volvía á producirse, unas veces delante y otras detrás del joven estudiante.

Este comenzaba á preocuparse seriamente; porque no podía admitir la suposición de que un boticario viejo y rechoncho trepase hasta los tejados de las casas.

Sin querer pensaba en el *alma en pena* que subía á la torre de la catedral y á la fachada de San Juan de los Reyes, arrastrando una larga y sonora cadena.

Inquieto, excitados sus nervios, parándose á trechos y mirando hacia los tejados, dispuesto á descerrajar un tiro al primer bulto que se presentara, León continuó andando, oyendo siempre el extraño ruido, unas veces en lo alto y otras sobre el empedrado de las calles.

Aquello era demasiado, aun para un joven excéptico.

V.

Llegó á su casa sudando, aunque hacía bastante frío. Llevaba una doble llave que le daba acceso hasta su habitación.

Abrió la puerta de la calle, mirando por última vez hacia todos lados, y subió á su cuarto en un estado de exaltación difícil de expresar.

Todos dormían en la casa. León tomó un velón que encendido le dejaban, se cercioró de que el balcón de su cuarto, que daba á un patio, estaba cerrado, y desnudándose lentamente, se acostó.

No podía conciliar el sueño. Su extraña aventura bullía en su imaginación.

Trascurrió un rato; el joven iba tranquilizándose poco á poco, cuando de repente volvió á oír el ruido perseguidor, que parecía sonar en el balcón de su cuarto. Prestó oído atento incorporándose en la cama, y entonces ¡oh prodigio! percibió un rumor como de manos que golpeaban los cristales y gritos estridentes y agudos.

León, con un postrer esfuerzo de voluntad, dominó su espanto, tomó su pistola y abrió el balcón.

En el balcón no había nadie.

Entonces volvió á cerrarle y se tendió en su cama exclamando:

¡Será verdad! ¡Hay cosas superiores á la naturaleza humana! ¿Voltaire y yo seremos un par de animales?

VI.

Al día siguiente se levantó muy temprano, quemó en el hogar de la cocina el *Contrato social* de Rousseau y *El Cándido* de Voltaire; y en vez de ir á clase; encaminóse á la catedral, en la cual, durante un buen rato, trató de recordar las oraciones que de niño habíale enseñado su madre.

Después fué á hacer su visita matinal á su prometida.

Esta, que le recibió en el zaguán de su casa, estaba muy preocupada.

—¿Qué tienes? Preguntóla León.

—Un disgusto. Oscar se escapó anoche sin duda al salir de la tertulia.

—¿Oscar, el mono?

—Sí, y no parece. Papá lo siente mucho.

León dejóse caer sobre una silla. Todo estaba explicado; el *alma en pena* era el mono de D. José.

Porque D. José, como todo indiano que se respeta, tenía un mico y un papagayo:

F. MORENO GODINO.

De los escarmentados....

La vi una tarde en el Prado,
y al ver sus ojos de cielo
la seguí con loco anhelo
por el amor fascinado.

Fué el eco de mi pasión
una esquila perfumada
que le llevó su criada
mediante un Napoleón.

Un mes seguimos así
conjugando el verbo amar,
hasta que llegué á dudar
si se burlaba de mí.

Lo confirmé plenamente,
al ver que desde el balcón
estaba en conversación
con el vecino de enfrente,

oficial de artillería,
que averiguar he logrado
era primo del cuñado
de otro primo de su tía.

La llamé infiel, desleal,
y ella, sin incomodarse,
dijo: «No hay que exaltarse,
todas hacemos igual.

La dejé, mas me costó
tanto su amor, por su mímico,
que resulte ser el primo
que más primadas pagó.

Desde entonces, escamado,
á toda mujer rechazo
y he de huir de todo lazo
porque soy gato escaldado.

Y en todas las ocasiones,
para evitarme pesares,
basta que digan *pares*
para que yo diga *nones*.

A. IBÁÑEZ PALLÉS.

Á X...

Porque me has olvidado; andas di-
(ciendo
que poco á poco morirás de pena
¡Cuán engañada estás... cuán enga-
(ñada!...
pues no sabes tontuela
que á partir de aquel día siempre
(estoy
más alegre que un par de castañuelas..

ABRAHAM LIMORTI.



MEMORIAS

DE UN

RELOJ DESCOMPUESTO

—«Estoy bajo una copa de cristal, esperando mi última hora. El relojero me mira con ojos de disector anatómico, es decir, como á un cadáver, disponiéndose á destrozarse todas mis vísceras de acero.

Mis pulsaciones son desordenadas, como las del enfermo en el más alto grado de la fiebre. Hay momentos en que no respiro, y á veces el más ligero golpe en la mesita del artifice, mueve mi *colante*, prestándome una vida ficticia.

Después de una existencia azarosa y errante, necesito escribir la esencia de mis memorias, más para vergüenza de los hombres, que para ejemplo de mis compañeros de fábrica.



—Bella Hortensia la suplico—que acepte usted estas flores....—¡Oh furor de los furores!—¡Buen mico me ha dado el mico!

Dos enrojecidos dientes de acero de una de mis ruedas, me servirán de pluma, aunque abierta de puntos; el desgastado *muelle real* de apuntador nemo écnico; las *agujas* de hilvanadores de memorias, y el pelo, aunque enmarañado y sin elasticidad, servirá si quiera para que no se diga que no me ha salido *al pelo* mi trabajo casi póstumo.

*
**

Nací en Inglaterra, de ilustre familia; la Bolsa real de Londres. Dueños he tenido que, afrentando á mi nacionalidad, se han empeñado en tenerme siempre esclavo de *ingleses*.

De la fábrica sali con un gran destino y con una factura que marcaba mi precio; 40 libras esterlinas. Despues me he convencido de que si muchos hombres, al lanzarse al mundo, llevarán en la frente su verdadera factura, se los estima-

ría en su legítimo precio y no en el falso valor en que ellos se tasan.

Mi destino, aunque me esté mal el decirlo, fué de precioso regalo de boda de un joven de la buena sociedad madrileña, cuya cabeza sin tornillos buscaba el negocio en el santo nudo, que al fin no resultó santo, ni siquiera negocio.

Al pié del altar, su mirada se fijó en mi esfera, pidiéndome la hora en que ejecutaba su propia sentencia de muerte.

Yo medí los segundos que tardó en pronunciar el *si* después de la consabida pregunta, y me paré atónito al ver la prontitud y sencillez con que se ahoga la voz de la conciencia humana.

*
* *

El desorden y los horrores de la vida conyugal de mi primer dueño, trascendieron á mi triste infancia, pues pasaba muchos días *sin darme cuerda*, como si él pudiera aprovecharla para ahorcarse.

Pronto llegó el divorcio, y con él la separación de cuerpos y bienes de aquellos dos desdichados, ruedas de máquinas distintas, sin ajuste ni engranaje, y que se mordían al verse juntas.

La ley humana es horriblemente fría, y á mí se me helaron los *aceites*, contemplando la rigida naturalidad con que ella dice que, para sus efectos, no tienen las almas importancia alguna al lado de los cuerpos y los bienes.

De estos, yo fui el único de algún valor que le quedaba á mi dueño, tan joven y ya tan divorciado.

Para probarme que me quería tanto como á su exespresa, me libró de mi cadena y exclamó en un monólogo breve y sentencioso: «Lo que se ha de empeñar, se vende.»

Y me vendió.

*
* *

Me despedí con lágrimas, de mi cadena de oro; no porque amase la esclavitud, ni aun dorada, sino porque el destino de mi compañera era una estafa, que consistía en simular aun mi existencia en el bolsillo de aquel desalmado que tenía valor de no verme mas, y no para dejar ver que él había venido á menos.

El amor propio del hombre es insufrible y, mejor que halagarle es dejarse robar, con cadena y todo, en un *trancía* de la corte, porque con esto siquiera se satisface la curiosidad de conocer el secreto de los procedimientos previsores y extraordinariamente rápidos de la policía española.

El inteligente relojero que me adquirió, se dió maña para ganar conmigo un 50 por 100, pues un señor que había estado cuarenta años amasando oro, sin usar más que un mal reloj de plata, se resolvió en sus postrimerías inverosímiles á comprarme por mi precio primitivo.

Pero la complicada máquina del hombre se gasta mas fácilmente que la de un reloj, y en ella son inútiles, al fin, composuras, limpiezas y renovaciones de *aceites*, ó, si se quiere, de la sangre.

Se le acabó *la cuerda* al avaro, y era de ver su esclavo hijo único sacudiendo, con la mía, su filial

cadena, dándome vueltas curioso, juzgándome yo suyo, y contando en mi esfera los segundos de vida que al caudalado padre le quedaban.

Todas mis tripas de acero se me revolvían al ver como aquel hijo hacía de las suyas, el corazón que le faltaba, y que tampoco había sabido formar el autor de sus días, más verdadero y amoroso autor de sus millones.

*
* *

El heredero forzoso del avaro tomó posesión de mí con el decidido propósito de vengar el entuerto que con él habían sufrido las paternas peluconas.

El hijo *pródigo* empezaba su carrera con la seguridad de no tener hogar á que volver arrepentido.

Aquel corazón, dormido desde una infancia sin madre, se despertó pronto al penetrante agijón de las pasiones, y yo le ví de cerca latir acelerado en las orgías, al choque de las copas libadas por una amistad engañosa, ó al roce de unos lábios que vendían un beso por el precio del falso carmín que los encendía.

Mi existencia era tan desordenada como inútil para el dislocado joven que no consultaba más reloj que la mano suave y traidora que le sacaba del sueño, ó el timbre de la copa de cristal que le llamaba á los báquicos festines.

Acostumbrado á vivir pared por medio del corazón humano, he aprendido á mi costa á conocerle, y sé con que facilidad puede perderse un reloj, allí donde

la pasión más viva y tirana es reina absoluta.

Desde que entré en una *timba*, yo, nací para reloj de banquero, he estado siempre comprometido por *puntos* que no *apuntaban* como yo. Mi existencia estaba con ellos pendiente de una *pinta de espadas*, ó amenazada por los *rojos*, ó esclava de los *negros*, ó ahogada por *cuadrantes* y *líneas* menos *rectas* que la mía, ó azarosamente encerrada por mil *llaves*, sin que pareciese la que debía devolverme vida y movimiento.

En vano busqué allí «un punto... de contricción.» He sido menos feliz que D. Juan Tenorio.

*
* *

Mis últimos años han sido de vergonzoso *empeño*, y en tan arastrada vida ni siquiera he tenido el consuelo de ser prenda de un hombre de bastante valor para dar su nombre verdadero al entregarme á la usura amarrado a la cadena del vicio.

Estos desastres, y la pérdida de la esperanza de dar con el bolsillo de un hombre cuya máquina moral valiese lo que la mía de acero, me han traído al fin á este estado de descomposición lamentable y definitiva.

Aquí, bajo esta copa de cristal, fallezco mucho más dolorosamente que el pájaro á quien se robase poco á poco el aire bajo el trasparente fanal de una máquina neumática.

«Muero como un suspiro ignorado de la inútil medida del tiempo.

El tiempo me vengará de los hombres.»



Fumando un cigarro habano
y entregado á la lectura,
no hay en el orbe criatura
tan feliz como este rano.

Eso es lo que ha dejado escrito un reloj que, como Vds. ven, *da la hora* hasta después de muerto: esas breves *remorias* que así pueden llamarse de *ultratimba* como de *ultratumba*.

EDUARDO BUSTILLO.

Teatros

Crónica que no lo es

El género flamenco ha hecho en Barcelona lo que el general republicano del cuento:

—¡Mi general! ¡Se ve al enemigo!

—Pues que se le dispare un cañonazo.

—No está á tiro.

—Entonces disparadle dos.

El género ó sus propagadores y mantenedores, han sido más generosos.

En vez de dos cañonazos han largado media docena de ellos.

María Montes, María González, Julia Segovia, Concha Martínez, Isabel Llorens, ¡qué sé yo! Digo, sí que lo sé, pero como

había hablado de media docena y no resultan más que cinco, de alguna manera tenía que salir del apuro,

Ninguna ocasión mejor que la presente para haber llenado el vacío con el nombre de la señora Fernani, muy señora mía; pero jamás me ha gustado levantar falsos testimonios ni mentir, y he aquí porque no puedo elevarla al nivel de los demás cañonazos de que hablaba.

Puede que llegue á serlo, más

QUISI



Los dos se parecen
y pregunto yo:

hasta la fecha, solo debe figurar en clase de petardo inofensivo, de los que no matan ni espantan.

Más petardos, aunque no tan inofensivos como el citado: Julio Ruiz, Riquelme, Cerbón, Sánchez Mula...

El orden de actores cómicos no altera el producto y además, como dice la Biblia, los últimos serán los primeros.

Y viceversa

Esto no lo dice la Biblia, pero lo digo yo.

Añadiendo que el público madrileño ha concluido por imitar la conducta de Júpiter en la fábula titulada *El águila y el escarabajo*.

¿La conocen ustedes?

¿Sí? Pues voy á contarla otra vez.

COSA



¿quien, entre él y ella,
es mas pescador?

El escarabajo ofendido por el águila y porque Júpiter no le hacía caso, logró colocar en el mismísimo manto del dios de los dioses (¡misté que dios!) el producto de sus improbos trabajos y

Júpiter que se vió con tal basura al punto sacudió la vestidura, haciendo al arrojar la albondiguilla con la bola y los huevos la tortilla.

Algo parecido ha hecho el público de Madrid, arrojando de sus teatros el género flamenco que ha venido á caer en el nido del águila ó sea en Barcelona, haciendo tortilla á una empresa y al resto de buen gusto que nos quedaba.

Y que no se incomoden por la comparacion las actrices y actores más arriba citados.

Porque así como en una es-

puerta de basura hállanse á veces diamantes y monedas de oro, ellas y ellos son las piedras preciosas y los centenes encontrados en la espuerta del flamenquismo.

¡Lástima que se dejaran caer en el capazo voluntariamente!

¿Para que y por qué?

A estas dos preguntas daré respuesta otro día, cuando diga á ustedes lo que son y representan, á mi juicio, cada una de las citadas individualidades y otras que de propósito me dejo en el tintero, para justificar por completo que el presente artículo, aunque debía ser revista de teatros, no lo es.

Ellos tambien debian ser muy distinta cosa de lo que son y sin embargo...

Se continuará.

BLAS QUITO.

INFUNDIOS Y LIOS

La nueva empresa que ha tomado á su cargo LA COMEDIA HUMANA tiene el mayor placer en saludar al público y á los periódicos locales, provinciales, nacionales y universales.

Todos ellos nos tendrán siempre á su disposición para cuanto gusten mandar.

Sobre todo si se trata de dinero.

Solo que en este caso suplicamos que certifiquen el envío para evitar lamentables equivocaciones.

Según dice un colega, hace varias noches que una lechuza visita los plátanos de la Rambla de Capuchinos, en cuyas ramas duermen gran número de gorriones que, al despertar sorprendidos, promueven gran

EL OCTAVO



El señor de Bustamante,
sus hijos y su mujer
han principiado a comer
con más hambre que un cesante.



—Señora, acaba de entrar
la familia Cuasimodo.
—¡Pronto! Escondámoslo todo
pues se suelen convidar.

NO MENTIR



—¡Usted por aquí, señora!
¡Qué sorpresa! ¡Qué placer!
Lo que yo siento es que ahora
acabamos de comer.....



Y no salió desmentida
la afirmación de que trato,
pues entre el perro y el gato
los dejaron sin comida



No sé ustedes que dirán
más yo, de muy buena gana,
por comerme esa manzana
me convirtiera en Adán.

algarabía, huyendo espantados á los árboles más lejanos.

Pero es lo que sucede por las otras Ramblas.

Se llenan de lechuzas todas las noches.

Y los inocentes pajarillos, en vez de huir espantados, fraternizan con ellas que es un contento.

Un bohemio se acerca á un bazar.

El dueño de este, que se halla á la puerta, le dice:

—Caballero, cómpreme usted esta maleta.

—¿Para qué?

—Toma, para guardar la ropa.

—Pero hombre ¿quiere usted qué vaya en cueros por la calle?

—Pepito ¿qué diferencia hay entre los verbos regulares y los irregulares?

—Que los primeros los se de memoria y los segundos me cuestan ponerme de rodillas todos los días.

La última vez que *Lagartijo* estuvo en Málaga se le acercó un pordiosero cojo y le dijo:

—Deme usted una limosna, compañero.

Lagartijo creyendo que se trataba de algún torero lisiado le dió cinco duros y le preguntó:

—En qué cuadrilla has trabajado?

—En ninguna.

—Entonces ¿porqué me llamas compañero?

—Porque los dos manejamos la *muleta*.

Según *El Mercantil Valenciano*, el alcalde de Benisanó ha repartido entre varios vecinos el monte público llamado Blanco.

Es de esperar que las autoridades superiores se encargarán de poner negro al repartidor del monte Blanco.

Porque si tales alcaldadas quedan impunes, sus autores acabarán por ponernos verdes, tomándonos por lilas.

Y á nosotros nos saldrán á la cara todos los colores del prisma.

¿A que no saben ustedes quien ha dado un salto desde el partido carlista al zorrillista?

Pues.... Ternero.

Ahora me explico porque ha subido el precio de la carne.

Habiéndose declarado ilegal Ternero ya no se puede contar con él.

Y siempre es una cabeza menos.

Lo que no me explico es que diga Ternero que sigue siendo católico.

Porque eso de desamparar á S. M. el R. Y. Z. para engrosar las hueses de D. Manuel no me parece muy católico que digamos.

De todas maneras, me alegro por los emigrados.

Tienen un Ternero á su disposición.

—Roque; dice un señor á su criado. Enciende la chimenea porque espero gente.

—Está bien, señor, ¿Y para cuantas personas he de poner leña?

CORRESPONDENCIA

A. R. L.—*En su país*.—En vez de *Plumazo* debía V. haber titulado *Bromazos* sus quisicosas. ¡Menudo ha sido el que me ha dado V.!

L. F. R.—*Madrid*.—Pero, hombre; ¡si eso es aun más largo que la Cuersma!

Pepín C.—*Valencia*.—No verifica V. mal, pero las ideas son muy gastadas.

K. Novas.—*Barcelona*.—No señor, no es de mi agrado.

Querrien.—*Madrid*.—Lo mismo digo.

G. A. F.—*Idem*.—Digo lo mismo.

A. D.—*En su pueblo*.—Si Laura lee el artículo, se muere de repente.

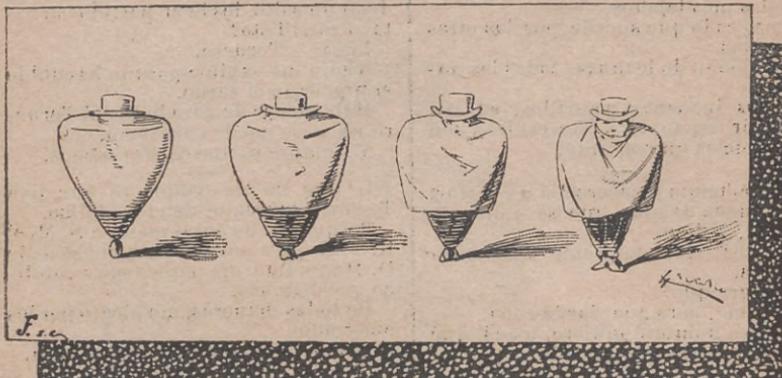
R. O. L.—*Barcelona*.—La «poca é inexperta pluma de usted» ha producido unos versos muy malitos.

J. R.—*Barcelona*.—No.

L. F. L.—*Madrid*.—Tampoco.

A. L.—*Idem*.—Demasiado viejo y demasiado largo.

Tip. calle Mina, núm. 8.



Hermosa transformación
pintada por un Ticiano.
Merced á ella un peón
se convierte en un enano
y se acaba la función.

CORRESPONSAL
DE
LA COMEDIA HUMANA

en la Isla de Cuba

Señora Viuda de Pozo é hijo

GALERÍA LITERARIA

Calle del Obispo, 75.—Librería

HABANA

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID

para la venta de

La Comedia Humana

JULIAN RODRIGUEZ

Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones.

TESORO, 5. BAJO.—MADRID.

IMPRENTA

Las Tres Artes Hermanas

**CALLE DE MINA, NÚM, 8
BARCELONA**

Economía en toda clase
de trabajos.

KIOSCO DE LA PLAZA

Situado frente al gran bazar.

VALLADOLID

Su propietario **D. Celestino Gonzalez** se encarga de cuantos periódicos de Madrid y provincias le encomienden su venta.

Corresponsal exclusivo de la COMEDIA HUMANA en Valladolid.

J. Gordon Humes

REVISED EDITION

ALPHABETICALLY ARRANGED

(This book is a revised edition of the first edition published in 1880. It contains the same material as the first edition, but with many additions and changes. The material is arranged alphabetically, and is divided into two parts, the first part containing the names of the authors, and the second part containing the names of the subjects.)

As the names of the authors are arranged alphabetically, it is easy to find the name of the author of any book. The names of the subjects are arranged in the same order, and it is also easy to find the name of the subject of any book.

The names of the authors are arranged in the following order: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z.

The names of the subjects are arranged in the following order: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z.

1880